

Rinconcito donde las olas...

Jorge López Páez

El espíritu tropical y la bohemia, conforman esta pequeña ficción maliciosa de Jorge López Páez —Mi hermano Carlos, La costa, Silenciosa sirena, Los cerros azules, Ana Bermejo—, donde nada es lo que parece y la noche veracruzana se convierte en el ámbito libertario del carnaval.

*Veracruz, rincón donde hacen sus nidos
las olas del mar
Veracruz, pedacito de patria que sabe sufrir y cantar.*

Para Alejandro Rossi

—Doña Aule, la veo muy tranquila. Así me gustaría verla siempre, sin el ceño fruncido o si no corriendo de un lado para otro, como...

—Dígalo Panchita. ¿Cree acaso que conociéndonos como nos conocemos no sepa yo lo que está pensando?

—Pues ya que me da permiso: como si tuviera un tizón en salva sea la parte.

—Me extraña mucho que usted, como jarocho, no lo haya dicho con toda la palabrota, a menos que...

—¿Por qué se detiene doña Aule?

—Pues ya que me da permiso: A menos de que quiera a estas alturas cambiar su fama de ser la mujer más mal hablada del barrio.

—No la joda doña Aule, no la joda. Y para pasar a otra cosa: dígame usted, y no sé por qué no se lo había preguntado antes. ¿Su nombre verdadero es Aureliana?

—Está jodida Panchita, como diría usted. Mi nombre verdadero es Austreberta Betancourt Palacios, el último apellido por mi difunto marido, que en paz descansa. Cuando niña no podía pronunciar bien y sólo decía Aulebeta. Ya ve usted cómo son las cosas. Dígame quién

podrá creer que de Alicia Murrieta Vizcarra se transformaría en el hermoso nombre de Amatista.

—Nunca se me hubiera ocurrido. Lo juro por la Virgen de Lourdes, por esa Virgen de Portugal, de la que no me puedo acordar ahora de su nombre o por esa otra de Polonia: la Virgen Cachonda.

—Ya ve usted Panchita, ya ve usted: además de mal hablada es usted muy irreverente. La Virgen polaca se llama Częstochowa. No sé si lo haya pronunciado bien. Si quiere se lo escribo. Cómo no lo voy a saber si tengo su imagen, la que usted ha visto, en la cabecera de mi cama, regalo de Amatista, y a ella, a su vez se la regaló el capitán de un barco cuando fue a una celebración y cantó.

—Y fíjese doña Aule nunca he podido saber el por qué siempre invoco a vírgenes extranjeras. Bueno, le diré lo sé y no sé. Lo sé porque mi madre tenía imágenes de todas ellas y ninguna de la Virgen de Guadalupe. ¿Lo creerá usted? A lo mejor se siente conmigo.

—No se preocupe Panchita, no se preocupe. Hay cosas que nunca vamos a saber y no por ello nos vamos a estar preocupando. Por ejemplo, y fíjese bien porque no me gusta estar repitiendo. A la fecha no he podido saber el nombre del padre de Isidro.

—¿Chilo doña Aule?



—¿Quién otro? Isidro Murrieta Vizcarra. Los mismos apellidos de su madre. Alicia Murrieta Vizcarra, la famosa Amatista. Como usted sabrá creo saber todo de ella o casi todo y no sé el nombre del padre de Isidro y ya habrá usted supuesto que no lo sé porque no se lo he preguntado y pierda usted cuidado porque nunca lo voy a hacer. Lo que sí sé es que mi Amatista nació con vocación. Ella nació en el mero puerto, en el Glorioso Puerto de Veracruz. Por eso la conocí. Desde chiquita le gustaron las tablas. Por si no me entiende Panchita, me refiero al mundo del espectáculo. Verá usted, yo era vecina de doña Paquita, la madre de Amatista. Me gustaba el cine, una tarde en que no tenía que hacer y tampoco a nadie que me acompañara me llevé a Amatista a ver *Nace una estrella* con nada menos que con Judy Garland. Le gustó tanto a la niña que no supe cuántas veces la vimos, porque un día en que hice memoria llegué a las veintitantas. Créamelo. Con tal de ir a verla dejó de comer golosinas, me obedeció en todo. Cuando alguien la oyó y le aconsejó que se fuera a México, lo hizo con grandes sacrificios y el mayor fue dejar a su madre achacosa. Me parece que se lo he contado: yo entré al quite: me ofrecí a

cuidársela. Fue tan buena hija y para que su madre estuviera bien y no le faltaran los mejores médicos y las medicinas dejó el Conservatorio Nacional, donde tenía las mejores calificaciones. Aquí comenzó a cantar en bailecitos familiares. No faltó alguien que la viera y la oyera. Le cambió el nombre de Alicia Murrieta Vizcarra, por el de Amatista. La primera vez que salió fuera, lo recuerdo como si hubiera sido ayer, fue a San Andrés Tuxtla. La acompañé yo. Dejamos encargada a su mamá con una vecina doña Carmencita Gutiérrez. Pasamos dos noches allí y alguien, porque no sé quién y si lo supe se me olvidó, la invitó a Coatzacoalcos. Tu vosu éxito, la volvieron a invitar. Y ahí me tiene de acompañante. Doña Carmencita Gutiérrez, también vecina y admiradora desde entonces de Amatista, que se deshacía en atenciones por la mamá de Amatista, no eran las suficientes y entonces tuvo que viajar sola, y yo me quedaba a cuidar a la enferma. Tenía éxito y no lo tenía. No despegaba. Apenas le alcanzaba para los vestidos de la farándula, así se le dice a donde se actúa o se canta, Panchita, que son tan caros y la enfermedad de su madre y además de esos gastos tenía los del teléfono, todos los días hablaba con ella. Me estoy extendiendo mucho Panchita. Para acabar y terminar fue muy buena hija y que regresa de una gira y no habló de otra cosa que del alto precio de las medicinas y de los doctores, cada vez eran más, para qué le digo... Un día en que no encontraba una medicina me acompañó. Mejor hubiera sido que no la encontráramos: era tan cara. Cansadas nos sentamos en el malecón. En esa banca que nos sentamos, apenas cuando empezábamos a gozar la brisa me dijo: “Aule, estoy embarazada. Nada más me faltan tres meses”. Eso fue todo y empezó a engordar, como las yerbas de por aquí en tiempo de lluvias.

Por favor Panchita ponga más fuerte el ventilador, así de calurosa fue la tarde en que estaba tendida allí la madre de Amatista. Se fue al cielo sin saber que estaba por llegar un nietecito, si lo hubiera sabido se muere antes. Isidoro a pesar de que engordó tanto Amatista, nació esmirriado, un tilichito Panchita, como si en el vientre se hubiera empachado, daba lástima verlo y más ver a mi Amatista dejarlo y no darle de mamar, pero eso fue bendición del Señor porque no se le estropearon los pechos y usted ha visto a su edad que bien los tiene, pero tuvo que hacerlo: había deudas en las farmacias y con los doctores y las del entierro. Ya desde ahora Panchita hay que ir ahorrando para que de veras se lamenten de que se muera uno y no por las deudas que se contraen, ¿no cree usted que es lo mejor? Porque sin buscarlo le ofrecieron una gira. También esa vez entré al quite. Mis dos hijos ya andaban noviendo y Edgardo, el menor empanzonó a una pobre prietita, más bien retinta y para que no le fueran a hacer algo los hermanos de ella yo le tuve que pagar a

doña Macaria para que no lo tuviera. Si entonces que necesitaban de mí no se ocupaban cuantimás ahora. Además Panchita me daba mucho gusto ayudar a Amatista y... me encariñé con Isidorito.

Fue una verdadera adoración la que la madre le tuvo. Usted sabe la vida de las artistas no es lo que cree la gente, porque sabrá usted que después de los aplausos están los cuartos de los hoteles y éstos dejan mucho que desear, aun para nosotras que somos pobres, y hay que andar comiendo lo que le cae a uno. En esos casos se olvida uno de los antojitos preferidos o simplemente de lo que le gusta a uno. Le conté antes que Amatista engordó y mucho, y por lo que le acabo de referir, esto es que come uno lo que puede, Amatista no pudo volver a su antigua figura.

—Dice usted de la vida de los artistas doña Aule que la pasan mal. Yo diría que no tan mal: ya ve usted el caso de Amatista ni supo quién era el padre de su hijo. ¿Verdad?

—Me dice usted, en otras palabras que Amatista es una cusca. Ahí sí está muy equivocada Panchita y decírmelo usted. Estos ojos papujados, para que me entienda, los míos han visto a Cutberto de la Torre brincarse la barda que da al lote vacío para que no lo vieran salir en la madrugada de la casa de usted, y siempre que su marido va al sureste ocurría lo mismo, porque no sé si ahora todavía lo quiere hacer con usted. Ya lo dijo y yo se lo voy a recordar; dígame, ¿ha visto salir a alguien a escondidas de esta casa cuando ha estado aquí Amatista? Usted hace juicios sin fundamento, yo si fuera usted no haría ninguno, usted cuando se casó con su marido no era virgen. Acuérdesse usted. Tampoco vaya usted a creer que vaya a jurar por la pureza de Amatista. Usted sabe que está pasada de carnes y a pesar de eso a los jarocho les gustan las gorditas, les gustan las mujeres con carnita que pellizcar. Y fíjese usted Panchita apenas se puso buenona Amatista empezó a despegar. Le costaba trabajo venir a ver a Isidorito, los dueños o empresarios no la dejaban venir y nosotras íbamos a verla. Ahí me tiene a mí y a Isidorito viéndola en su actuación tempranera, medio ocultos, porque en esos lugares como El Capri o en El Nicté Há no permiten la entrada a los niños, pero Isidorito sólo abría la boca viendo actuar a su madre y quería quedarse a verla a la segunda función.

¿Qué le parece Panchita si nos vamos al portalito de afuera a que nos dé un poco de brisa? Este ventilador de mierda apenas está bueno para la noche. Y le dije de la vocación de Amatista. El niño nació con ella. No se ha de acordar o a lo mejor no estaba usted aquí, ha de haber también andado en esos viajes que hace usted muy de vez en cuando para acompañar a su marido al sureste. Pues mire usted en un cumpleaños de Isidorito le organicé su fiestecita, con su piñata y sus juegos, y ya ve usted que esas fiestas más bien son para las mamás o las abue-

las o las tías, gasta uno más en llenarles el pico que los gastos para la fiesta. Después de que se quebró la piñata todo el viejerío se acomodó en el patiecito a comerse unos tamales, que por cierto y no podrá negar Panchita que me salen muy buenos, y estábamos en el mero chisme cuando oímos muchos taconazos. ¿Y qué cosa cree usted que fue? Todos los niños se habían puesto los zapatos de tacón alto de Amatista. Algunos se caían, otros nada más se tropezaban, en cambio Isidorito como si siempre los hubiera usado. El viejerío los celebró mucho. Luego salieron con sombreros de Amatista y envueltos en mascadas, imagínese con este calor, pero eso no le gustó mucho al viejerío, algunas con pinches pretextos se llevaron a sus criaturas.

Quizá le cueste trabajo creerlo, usted es desconfiada por naturaleza, muy maliciosa, luegoito se le ponen sus ojitos muy alegres en anticipación para cuando se lo cuente a sus viejas amigas, por cierto muy chismosas, yo le aseguro que es la verdad, pues la vocación de Isidorito fue tempranera: ya desde el kinder les robaba la escena a los demás niñitos. La primera vez que lo vimos, esto es, Amatista y yo, no lo podíamos ver bien por los lagrimones que se nos escurrían; ni le digo lo de la primaria,



le pedían que participara con los de sexto. Don Pablo Escobar le ofreció a Amatista una beca para Isidorito en su escuela particular, en esa secundaria muy cara, la mejor de Veracruz. Esas señas que me ve usted hacer son para Celia, mi secretaria, como se les dice hoy, para que le traiga su cubetita con cervezas, desde ahorita le digo que sólo la acompañaré con una. Tengo que estar sobria para ayudar a vestirse a Isidorito. Precisamente cuando éste terminaba el primer año de la primaria, un día me extrañé ver disminuido el altero de pañales. Se preguntará usted que para qué quiero pañales, y como la conozco de una vez le digo, aunque lo dude: todavía tengo mi regla y uso los *kotex*; así no tiene uno que andar lavando lo que nos manda cada mes Dios. La puerta del cuarto de Isidorito estaba entornada y pude ver toda la pieza por el espejo: estaba Isidorito ensayando y para llenar el vestido de su madre se enrolló en los pañales, hacía como que cantaba, era más bien un ensayo de actuación. Haga usted de cuenta que era su madre, hasta cuando Amatista se humedece los labios, sin que la gente lo note, salvo los de casa, pues así lo repetía Isidorito.

—Usted sabe Panchita que me gusta la costura, claro que lo sabe, se ha de acordar que no hace mucho me pidió prestada mi máquina eléctrica, la que por cierto fue regalo de Amatista, me la dio el día de la madre, de parte de ella y de Isidorito. Lo que le voy a contar no tiene que ver con la máquina eléctrica, lo hice con mi vieja *Singer*, la que todavía conservo y con la que me acomodo mejor. Me quedé pasmada cuando sorprendí, porque no fue que lo espíara, a Isidorito cubierto de pañales, el pobre muchacho sudando, acalorado. Me dio pena. Entonces, cuando él no estaba le fui achicando los vestidos. Para que me entienda los vestidos de Amatista, déjeme explicarle: Amatista no tira, ni regala sus vestidos para las tablas, los conserva en unas bolsas de plástico y para que no los destruya la polilla emplea bolitas de naftalina. Le escogí a Isidorito los más viejos. No me costó mucho trabajo hacerlo, él es de la misma estatura que su madre, lo que si me molestó mucho fue el olor a la naftalina y si por casualidad alguna vez hubiera querido Amatista volverlos a usar, no recoñé nada, solamente metí, ajusté. Yo no me di por enterada. No sé si se acuerda de Clarita del Campo, que en paz descanse, vivía en esta misma acera, dos calles delante, rumbo al malecón, precisamente en la esquina, es una casa de dos pisos, pintada de azul. Pues una tarde me invitó Clarita del Campo a que fuera a comerme unos tamales. No vaya a creer que me hice del rogar, le expliqué que iría con gusto, no a comer sus riquísimos tamales, sino a platicar, porque debía volver a prepararle su cena a Isidorito. Lo que es la gente que tiene estimación por uno, encontró la solución: ella me daría tamales para mi Adoración o si quería él sería en toda ocasión muy bien recibido, eso no era tanto para complacerme, también es una vieja taimada, quería variedad gratis, porque Isidorito nunca se hacía del rogar si en una reunión le pedían que cantara. Yo le dije a Clarita que eso no sería posible, el muchacho tenía que estudiar y mucho. Salí de la fiestecita llena y cargada de tamales. Es una lástima que no haya conocido ni tenido amistad con Clarita del Campo, parecía que se escupía las manos cuando preparaba sus tamales y tenía sus detallazos, los tamales que me dio para Isidorito, además de envolverlos muy bien los cubrió con hojas de periódico para que llegaran bien calientitos, como acabados de salir de la olla. Como la acera a la que daban nuestras casas tenía muchos hoyos me fui a la contraria y desde donde está la ceiba junto a la casa de Trini Contreras pude ver que la sala de la casa estaba iluminada, como si hubiera fiesta. Pensé que a lo mejor estaba Isidorito con algunos de sus compañeros platicando. Empujé la puerta porque en aquel entonces no se cerraban las casas con llave, no como ahora, porque si se descuida uno lo dejan con una mano adelante y la otra atrás. Para que me entienda mejor Panchita deje que le explique: no sé si usted sepa que hay unos discos



con música, haga usted de cuenta como si lo estuviera acompañando una orquesta verdadera para que los artistas tengan su acompañamiento, esa noche estaba puesto el disco a lo que daba, sin tener respeto por los vecinos, costumbre aborrecida por todos en la casa, usted lo ha visto y sentido, que no he padecido Panchita, lo que estaba tocando era nada más, nada menos que *Frenesí*, la mejor creación de Amatista y haga usted de cuenta que vi a Amatista con veinte años menos, delgada, igualita, con un vestido largo color bugambilia. Como si el Altísimo le hubiera quitado milagrosamente los años.

—La veía y no la veía, pestañeé, me restregué los ojos y seguía cantando, no exactamente con su tono de voz, ni con su potencia, pero para allá iba. Al terminar *Frenesí*, con las lágrimas empañándome los ojos, aplaudí y corrí a abrazarlo, y ahí nos tiene usted a los dos llorando a moco tendido, yo lo retiraba para verlo-verla. Yo fui la que tuve que contenerme, con mi pañuelo le sequé las lágrimas, le corregí el maquillaje, le recoloqué el busto, con los achuchones que nos dimos no estaba en su lugar, apagué las luces de las lámparas de pared y sólo dejé la de en medio, como si estuviera en el teatro o en el *cabaret*, todo a señas. Puse a funcionar de nuevo el tocadiscos, apagué la lámpara, en el momento en que empezó a sonar el aparato, por cierto le bajé al volumen, prendí la luz y él-ella cantó como si lo estuvieran viendo sus vírgenes extranjeras, para que me comprenda mejor Panchita; dos veces más lo oí. La nueva Amatista había nacido en medio de un baño de sudor, porque así estaba la criatura y no le iba a pedir que se quitara los pañales para que le diera un resfriado y él-ella me comprendió, así como estaba nos fuimos a comer los tamalitos y él, como si siguiera en el escenario, como inspirado, con los mismitos gestos delicados de Amatista se limpiaba la boca. Yo lo-la miraba y él-ella hacía lo mismo, como mudos, sin el uso de la palabra, protegidos por los mantos milagrosos de sus vírgenes, Panchita. Mientras llevé los platos a la cocina se fue a desvestir. Ya los dos repuestos de la emoción volvimos a abrazarnos y a hablar y hablar con las luces apagadas, haga usted de cuenta como estamos en este momento usted y yo, porque nos vinimos al portalito. Yo me acabé una cubetita de cuartitos de Superior, él se tomó una: estaba muy, muy escuincle. Por favor Panchita no vaya a sacar consecuencias de esto, le recuerdo él no es como usted. Tampoco crea que la estoy tachando de borracha. Nunca he visto que la traigan arrastrando, ni de que haga desfiguros, le diré



como dicen en los medios artísticos, aunque yo no sea en ellos sino una arrimada: usted toma socialmente. Se lo explicaré: después de esa extraordinaria actuación Isidorito, ya le dije antes que era esmirriado, enteco, empezó a comer en forma extraña, esto es, comía en exceso. Deje que antes le diga a usted que aquí, además de sus estudios se consiguió maestros de canto y de actuación, y cuando pasábamos temporadas en México para acompañar a Amatista se las ingeniaba, el medio se lo permitía, para que hombres o mujeres le enseñaran cosas del oficio, porque adelantó mucho en danza y en otras cosas de las que no le sé dar razón. Ahora vuelvo a lo que me referí antes de que Isidorito comía muchísimo. Por lo que le contaré no me vaya a tachar de pendeja, el hecho es que tardé en darme cuenta por qué lo hacía: su ilusión era tener el cuerpo de su madre. Dije entre mí: “Habermelo dicho”. De ahí pa’l real, ¿así se dice?, principié a ofrecerle un cuartito de Superior, con el pretexto de que se me había olvidado el agua fresca, y nadita le gustaba la cerveza, él prefería lo dulce y a mí me gustaba que se me olvidara hacer las aguas frescas. ¿Me comprende Panchita? Porque ya va en la segunda cubetita y no vaya a creer que se las estoy contando: nada de eso. Las cervezas

...haga usted de cuenta que vi a Amatista con veinte años menos, delgada, igualita, con un vestido largo color bugambilia.



sobran en esta casa. Lo que me preocupa que luego viene por usted su hijo Torcuato y tuerce la boca como si yo le estuviera poniendo a usted un embudo. No crea usted que engordó así en un santiamén, como usted se vuelve comprensiva con unas cuantas cervezas, no, tardó su tiempo, mientras él afinaba los dones que le dio el cielo.

En el momento en que ya no tuve que meterle a los vestidos y que le quedaron como pintados. ¿Qué cree usted que hizo Isidorito? Eso ocurrió en México. Fue a la Casa Boker, que era entonces una chulada de ferretería y se compró una báscula. Desde ese momento desaparecieron, y eso es un decir, las cubetitas con cuartitos de cerveza, si es que se pasaba de la raya. Todavía me gusta verlo, casi en cueros cuando se arregla, lengüetea la parte exterior, así, mire Panchita, de su dedo gordo de la mano derecha, se da una nalgada en su nalga, y repite mi dicho: “Carnita que pellizcar”. Es admirable su disciplina; todos los días se pesa, hace ejercicios para cada parte del cuerpo. ¡Cuántas mujeres no sé qué darían por tener su cuerpazo!

Sé que usted no le va a hacer el feo a esos dos cuartitos que acaban de traer. Le van a alcanzar hasta que yo le acabe de contar, precisamente lo que usted quiere que

le cuente, en cómo lo supo Amatista. Usted, como vecina, y curiosa, bien sabe la cantidad de amigos y amigas que tiene Isidorito, casi todos del medio artístico, de aquí, de Veracruz. Usted ha visto cómo se llena la casa. Pues una vez que se sintió dueño de todas sus facultades, se preparó, me preparé. Lo único nuevo fue un vestidazo que le hizo un modisto de artistas en México, Wily Mena, muy famoso, todo de lentejuelas, pesado, en un azul, que no puedo decirle de cuál es, porque usted lo verá, no esta noche, pero si quiere mañana, para que tenga qué contar. Todo se calculó, principalmente que estuviera Amatista en el puerto, en el Heroico Puerto de Veracruz y el cual coincidió con su cumpleaños. Nos emperifollamos. Isidorito quedó en venir por nosotros al cuarto para las diez y llegó el carro, pero sin él, con un amigo. Él nos esperaba en el restaurante. Como buen jarocho el amigo, muy platicador, no sé cómo no se le torció el pescuezo, él iba en el asiento delantero y se volaba hacia nosotros en todo momento. De repente estábamos frente al Hotel Porto Fino, eso lo supe después y luego nos lleva ron a su gran restaurante con pista para bailar, junto a ésta nos sentaron. ¡Qué guapa estaba Amatista! Los músicos hicieron mucho ruido. Se apagó la luz. Se fijó la luz de un reflector sobre un hombre vestido de negro, muy elegante. Se volvió a apagar y al volver estaba el reflector sobre Amatista. Dijo el anunciador: “Aquí tenemos a la singular, a la inolvidable Amatista, pero hay algo más, algo...”. Se fue la luz a otro lugar y apareció Isidorito. Tengo que confesarlo más guapa y con carnita que pellizcar más fresca... “Algo”, continuó el anunciador, “Pocas veces visto: a su heredera, a la única, a la sin par, a LA NUEVA AMATISTA”. Qué aplausos, qué éxito, no tan sólo ahí, ojalá hubiera visto lo que publicaron en el *Dictamen*. Cuando terminó no cesaban los aplausos, las flores. Y las dos viejas, por llamarnos de algún modo, llorando a moco tendido. Por si fuera poco, cuando por fin pudimos llegar al camerino, había tanta gente con ganas de felicitarlo, las dos pudimos ver una cantidad de recaditos y el propio Isidoro o la propia Nueva Amatista, nos pidió que los leyéramos: en todos le pedían citas o de plano invitaciones. Así son nuestros paisanos. Ahora, tanto Amatista como yo, nos podemos morir tranquilas: en todo tiene su futuro asegurado, tendrá pesos, mejor dólares y de amor... Imagínese. Espero que no le dé envidia, y ahora sí que la acompañe esta muchacha a su casa, no sea que vaya a venir su hijo Torcuato por usted y luego me tuerza la boca. Buenas noches. ¶

La primera vez que lo vimos, esto es, Amatista y yo, no lo podíamos ver bien por los lagrimones que se nos escurrían...